

C
J191
SAB
v.1

ES PROPIEDAD DE ESTA CASA EDITORIAL



FONDO
FERNANDO DIAZ RAMIREZ

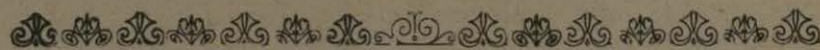
(Compuesto en máquina «Typograph»)

DEDICATORIA

Al glorioso centenario de la independencia mexicana. Consagra este libro como ofrenda y homenaje de sincera admiración.

La Autora

Barcelona, Septiembre de 1910.



Al que leyere estas páginas

Esta compilación de biografías, tanto las pertenecientes á la época colonial, cuanto las contemporáneas, están ajustadas á las diversas publicadas por autores mejicanos, como Lacunza, Riva Palacio, Altamirano, Manuel Payno, Chavero, Rivera Cambas y otros, así como á las de biógrafos extranjeros, siendo muchas también las trazadas sobre el terreno, cuando hace años vivió en México, la autora de este libro y recorrió su territorio, estudiando hondamente su historia, sus costumbres, su maravillosa riqueza y progresivo engrandecimiento.

Cuanto al antiguo Anahuac se refiere es exactísimo en todos sus detalles, datos adquiridos con prolijas investigaciones y compilados para la Historia General de América.

Es á mi entender valiosísimo el trabajo biográfico en su reiterada reproducción, pues que nuevos y muy hondos estudios lo enriquecen descartándolo de apasionamientos, á medida que el tiempo da razón á sucesos y á programas mal juzgados tal vez á raíz de aquéllos.

El libro «México» ha tenido inspiración en purísimos afectos, en nobles deseos, en aficiones de largo tiempo conocidas, en la admiración y cariño, por esa América, singularmente atractiva para la escritora española.

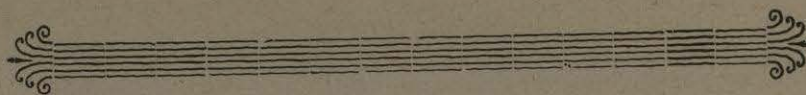
Encierra también en sus páginas la elevada idea, leal y des-

interesada, de ensanchar más y más la verdad histórica aumentando siquiera sea en la medida de mi inteligencia, algo que proyecte relieve en gloria y prez de los próceres americanos.

Tan hermosa ambición ha sido mi único guía, sobre todo al realizar el pensamiento en período tan venturoso, cuando se celebra en el extenso territorio mejicano, el centenario de su emancipación, cuando el país recoge el fruto de una política sana y regeneradora, rompiendo con el pasado díscolo y revoltoso y entrando de lleno en un presente de paz y de preponderancia material y social, á la benéfica sombra de un gobierno honrado y fuerte para el cumplimiento de su deber.

Sabido es que mis escritos están siempre exentos de lisonjas contrarias á mi independiente manera de ser: son espontáneos en su admiración por determinadas individualidades, francos é imparciales en sus apreciaciones y esclavos de la verdad.

Tal es y ha sido el norte, la norma auxiliar de mi pluma en todas las múltiples labores americanistas á las que hace más de treinta años, he dedicado mis energías, mis desvelos y exclusivamente mis aspiraciones más predilectas.



INTRODUCCIÓN

ANTES DE LA CONQUISTA

El estudio de la historia en general es el más necesario, el más instructivo y á la vez el que mayor interés inspira al lector, muy particularmente cuando éste reúne á un espíritu laborioso y observador, el entusiasmo que despiertan los hechos heroicos, los recuerdos de pueblos primitivos y de costumbres que se pierden ya, en la inmensidad de las centurias.

No es menor el deseo irresistible de conocer profundamente la verdad histórica, la marcha, la organización de países y de nacionalidades, que moral y materialmente, encierran fabuloso encanto, fantástica y pasmosa celebridad, y ese atractivo que surge de los territorios que en edades apartadas, fueron escenario de sucesos legendarios, de proezas, de luchas, de nobles impulsos que los elevaron á renombre inmortal.

Eso aconteció con aquellos pueblos americanos con sus fantásticas suntuosidades muy superiores á las del Asia, con sus palacios hoy ruínas gloriosas, con su civilización que acusa una más remota, más soberbia, que la existente en el siglo de la conquista, con los alardes arquitectónicos, elocuentes he-

raldos, páginas perdurables que facilitan y hacen práctica la labor etnográfica y la reconstrucción de los anales históricos hasta épocas determinadas.

En el cuadro luminoso de la historia de América, en ese extensísimo y gigantesco teatro que poblaban tan diversas y extrañas tribus, había grandes reyes, poderosas naciones que esparcieron y dejaron en todas partes inmortales vestigios de su bárbara grandeza: pueblos que en su mayoría envuelven aún su origen entre los velos impenetrables del misterio. Extendíanse los más adelantados, al pie de la majestuosa cordillera andina, habitados por los toltecas, chichimecas, maya; y otras razas de las que el manto de los siglos hace imposible señalar origen; desde ese país de Anahuac donde el misterioso legislador monarca ó profeta, Quetzalcoatl, ejerció su benéfico civilizador influjo, pudiendo calificársele como el Confucio, en el progreso de los toltecas, hasta la lejana región Incasica, hasta las orillas del lago Titicaca, cuna fabulosa de otro ser no menos grande ni en menor grado extraordinario. Manco Capac, fundador del imperio de los Incas y no el primero en legar á la posteridad, monumentos de regia esplendidez puesto que, anteriores á su época descuelan allí las ruínas ciclópeas de Tiahuanaco, de Ollantay Tambo y otras traductoras de maravillosas civilizaciones, como se observa también en las antigüedades mejicanas.

Verdaderamente sólo dos vastísimas regiones del Nuevo Mundo, tienen historia antigua, México y Perú, casi encerrándose en ella la del Centro América y la del Ecuador. En el primero de aquellos países había Estados independientes regidos por sabios gobiernos, por leyes hábiles y notables, porque en ellas se rendía culto á la más severa y recta justicia que la marcha política y religiosa hacía inquebrantable en sus efectos.

Había reinos numerosos, donde sucesivamente se planteó é imperó en grande escala el feudalismo, hasta el extremo alarmante de que muchos de los señores al crecer en poderío osaban igualarse con los emperadores.

Registran las crónicas que en aquellas monarquías sobresalieron grandes estadistas, notables legisladores, reyes insignes, heroicos en la guerra y no pocas veces magnánimos en la victoria.

Cítase entre ellos á Nauhyotl, soberano de Tula, que á más de sus altas capacidades guerreras, descolló por su decidida protección en favor de las artes, de las ciencias, del adelanto y prosperidad de su nación. Nopaltzin y Quinantzin, enaltecieron sus reinados favoreciendo con empeño cuanto se relacionaba con la cultura, el esplendor y la prudente administración.

Más conocido y ensalzado fué Nozahualcoyotl, el poeta rey de Tezcucó, el hombre más avanzado en ideas para su siglo, refractario á los sacrificios humanos, á las bárbaras costumbres arraigadas de generación en generación y de razas á razas.

En las prerrogativas reales, en el fausto de la corte, en la soberbia grandeza de los palacios, en la misma sabiduría, dictadora de leyes admirables, recordaba Nezahualcoyotl á los soberanos orientales y en el ambiente de otras costumbres, hubiera sido uno de los hombres más grandes y el más amado de los monarcas.

Consignadas están sus virtudes principalmente la caridad que hacía extensiva para todos sus vasallos: la nobleza de su carácter, su espíritu recto y justiciero y el conjunto de un habilísimo mandatario que abarcaba cuanto fuera en honra y prez de su pueblo. Razas muy distintas entre sí, poblaban el territorio de Anahuac, constituídas bajo diferentes formas, pues sabido es que Cholula, Tlaxcala y Atlixco, eran verdaderas repúblicas á la llegada de los españoles.

La semejanza en los usos, en las solemnidades religiosas, en el culto á los astros, en la veneración por los muertos y por el sol, al que estaban consagrados templos y vírgenes, y por otras afinidades, se confirma la opinión de que las primeras emigraciones pobladoras de América tuvieron origen asiático, y que ese nuevo mundo joven en nuestra historia, tiene la suya remotísima; de poder vencerse la noche del pasado se encontrarían las huellas de los siglos, la clave del enigmático origen.

Asiduos estudios contemporáneos establecen que las entrañas de la tierra son fieles depositarias de esos anales que á no dudarlo surgirían á favor de hondas excavaciones en Yucatán, en Uxmal, en el Palenque y hasta en Bolivia. Digna

de crédito es la opinión de que grandes esculturas y hasta ruínas de necrópolis serían el rayo de luz en el enmarañado laberinto histórico.

Muy recientes exploraciones, han dado mayor vuelo á ese concepto corroborando, que no sólo la antigüedad del llamado Nuevo Mundo, se remonta á los siglos prehistóricos, sino que estudiando en lo más hondo la cultura de los mayas en Yucatán, podría colegirse que aquel pueblo hubiera sido progenitor de las razas orientales y de su civilización.

Un sabio viajero y arqueólogo, (1) ha legado á la publicidad, importantes trabajos investigativos resultado de extensas y penosas excavaciones echas en Chichen-Itza, donde encontró estatuas, inscripciones y sepulcros de remotísimas épocas que no sólo traducen gran adelanto, sino concordancia singularísima con la arquitectura y símbolos egipcios.

El laborioso investigador, se internó más y más en las ruínas, buscando en lo profundo de la tierra, el secreto que guarda hace siglos, asombrándose al tropezar inesperadamente en el portal de un edificio maya, con el emblema de la creación, es decir una figura humana dentro de un huevo tal como lo ha transmitido la literatura bramiana del «Manava Dharma Chastra,» 1300 años antes de Jesucristo.

Los geroglíficos son egipcios y aun la figura conserva restos de pintura azul, que se empleaba en Egipto, exclusivamente para las divinidades.

También á gran profundidad y bajo sucesivas capas de tierra, encontró cabezas de animales antediluvianos entre ellos al mastodonte, que tal vez fué iniciador del culto rendido al elefante por los egipcios.

Lo más sorprendente de aquellos descubrimientos, fué la tumba del príncipe Coh y la estatua de éste. En el altar, sobresale una escultura representando á los sacerdotes que ofrecen flores y frutos al difunto y entre las figuras una tiene el rostro cubierto de serpientes, significando á un individuo de familia real; la serpiente entre los mayas y egipcios, era emblema de regia personalidad. Una figura de mu-

(1) El doctor A. Plongeon, en un folleto publicado en Londres.

jer, se velaba el semblante con la cabellera, señal de duelo entre las egipcias.

Según el doctor Plongeon, encontró en los monumentos antiquísimos reproducido el mito de Osiris, simbolizado en Egipto por un leopardo, piel con la cual cubrían los sacerdotes sus vestiduras: el vocablo Coh, significa leopardo: Osiris, tuvo dos hermanos, Moo é Isis y Nike y Coh, también Moo y Nike. En el sepulcro de Coh, hay un leopardo con cabeza humana: la esfinge mejicana.

En el pueblo maya, se autorizaba el matrimonio entre hermano y hermana y á su semejanza en Egipto.

Para indicar el origen de sus dioses, señalaban los egipcios al Oeste, es decir la dirección de América.

¿No son verdaderamente singulares tales coincidencias?

El cocodrilo, era considerado por los mayas y asimismo por los egipcios como animal sagrado. Llamó la atención del docto explorador, una figura con un brazo más corto que otro, exactamente como la de Tolh, ayo de la Isis egipcia.

Otro, é indiscutible punto de contacto, eran los sacrificios ofrecidos por los egipcios á los dioses, consistentes en que varios jóvenes fuesen ahogados en el Nilo: los mayas también ofrecían del mismo modo sus víctimas á las divinidades.

El año para uno y otro pueblo, comenzaba en Julio y ambos tenían períodos de cuatro años, para medir el tiempo.

La creencia de los mayas admitía que el hombre había sido hecho de arcilla y tal era la de los egipcios.

El derecho materno, en abolengo, sucesión y descendencia, estaba en vigor tanto en la nación maya, como en Egipto.

De continuarse tan profundos estudios, ¿quién puede adivinar el resultado?

¿Radicará en América la cultura del antiguo Oriente? ¿Siguiendo la luminosa huella no se alcanzarán á despejar por el ignoto origen del pueblo maya, las densas brumas que envuelven el de todo el continente americano?

Escritores profundos, hombres científicos, viajeros ilustres y arqueólogos de alto vuelo, han intentado buscar la honda raíz del árbol genealógico de la gran familia americana, truncado hace centurias y centurias; tarea estéril hasta hoy el entroncarlo con épocas menos lejanas.

A esas razas, á esos pueblos extinguidos, á desconocidas civilizaciones, pertenecen probablemente los portentosos restos de edificios que por su magnificencia, reflejan un adelanto, un progreso muy superior al que imperaba en el siglo del descubrimiento.

Consagrado el boceto preliminar de este libro á las últimas décadas que precedieron á la conquista de México, abandonamos la ardua empresa reservada á venideras investigaciones, que den por resultado palmario, la reconstrucción de las naciones americanas en los siglos prehistóricos.

Delinearé á grandes rasgos la situación de América y Europa, cuando en la inmensidad del Océano, repercutió la voz del marinero Rodrigo de Triana, al grito de *Tierra, Tierra*, en la noche del 12 de octubre de 1492.

Jamás hubo época más propicia para la conquista del Nuevo Mundo, que aquella en la cual se realizó tan magna empresa, cimentada por la voluntad inquebrantable de un hombre egregio, á través de hondas decepciones, soportando la ignorancia, la incredulidad humana, el fanatismo en pugna con la ciencia y en lucha sin tregua con la miseria, con la amargura, con las zozobras, lógicas en quien acariciaba un ideal único en la historia y grandioso sin par.

Cristóbal Colón, aquel *loco* sublime surcó mares desconocidos encontrándolos mansos, como sumisos á su voluntad, para que el triunfo fuese más rápido y completo y á tiempo de estar su vida en peligro, cuando ya vencidas más de mil leguas se negaban los tripulantes de las inmortales carabelas á proseguir viaje, y pedían el regreso á la patria que miraban perdida para siempre.

Es imposible juzgar en todo su valor, la grandeza de alma del esclarecido nauta, ni de las angustias en las supremas horas que del 10 al 12 de Octubre, debieron torturar su corazón alentado sólo por la fe en su propósito.

Al dolor, á la inquietud, sucedieron los transportes de alegría, la entusiasta admiración por el marino audaz y el asombro ante la exuberante riqueza de las nuevas playas.

Colón, se había ceñido lauro inmarcesible: había alcanzado la inmortalidad recompensando además la generosa protección de Isabel la Católica, al engarzar en la corona de

Castilla, una joya de tal valía, que la soberana excelsa acogió con amor otorgando á los hijos de aquellas regiones, su protección extensa, estableciendo y proclamando que los indios no eran esclavos sino súbditos nuevos para España, á los cuales los reyes que la sucedieran en el trono debían gobernar con humanitarias leyes otorgándoles franquicias y libertades de las que á raíz del descubrimiento, se intentó privarlos, sometiéndolos á la mísera condición de la esclavitud. ¡Hermoso rasgo de aquella mujer tan heroica como grande, noble y recta!

Con verdadera imparcialidad y con placer extremo reproduzco un pensamiento del escritor insigne mejicano, don Vicente Riva Palacio, en la obra monumental «México á través los siglos.» «Si fundadas preocupaciones, dice, no cegaran muchas veces á la humanidad, antes que á Cristóbal Colón, las ciudades de las Américas Españolas, deberían haber levantado monumentos de gratitud, á la magnánima esposa de Fernando el Católico.»

México, ha reparado el olvido injusto, elevando inmortal monumento á Isabel la Católica. México, ha realizado el noble pensamiento del general Riva Palacio, enlazando la conmemoración del centenario agosto de su Independencia, con el recuerdo de aquellas mercedes regias, con la generosa iniciativa de una reina que descuella en la historia, por su grandeza de alma y por su preclaro humanitario corazón.

¡Qué gráfico relieve para México! ¡Qué ejemplo de alta justicia! El suceso extraordinario, aquel Nuevo Mundo, que surgió gigante, merecía el patrocinio de la matrona egregia.

Europa, se conmovió hasta en sus cimientos al extenderse por campos y ciudades, la inesperada nueva, á raíz de la epopeya de ocho siglos, de la toma de Granada, y de la victoria obtenida sobre los musulmanes; entonces España, celebró y consignó en páginas históricas, la más gloriosa y transcendental: el acontecimiento más inesperado y grande.

En los comienzos del siglo XVI era Europa vastísimo campo de acción donde medían sus fuerzas, sus armas y el alcance de ambiciones ya elevadas é hidalgas; ya bastardas y destructoras, naciones y naciones; principios antagónicos; gla-

diadores del pensamiento fecundo, apóstoles y reformadores políticos y religiosos.

La lucha era incesante, encarnizada en Francia é Italia, el palenque donde dos hombres coronados Carlos V y Francisco I, se disputaban el dominio de ciudades y provincias y al choque de sus ejércitos, se anegaba la tierra en sangre.

El siglo XVI fué grande entre los grandes, portentoso hasta en los crímenes y borrascoso en todas las esferas. Iniciador de evoluciones que ya en épocas futuras habían de dar óptimos frutos; la semilla republicana asumió energías vigorosas intentando arraigar en la ciudad clásica reina del Adriático y tomándq mayores bríos en tierra española, con los caudillos Padilla, Bravo y Maldonado, que osaron ponerse frente á frente del victorioso Emperador-rey, señor absoluto en el viejo y nuevo hemisferio.

La idea, se ahogó en el cadalso y los denodados partidarios, los célebres comuneros de Castilla, después de rudo batallar por el verbo libertad, sucumbieron en el campo de batalla, entre las llamas de las ciudades que habían respondido á su noble iniciativa, ó bien pagaron su audacia con la muerte, otros con el destierro y muchos quedaron olvidados en los calabozos. Uníase al todo, la reforma religiosa iniciada en Witemburgo, por Martín Lutero, que con el vuelo de águila caudal, se extendía con la rapidez del relámpago, promotora de serios trastornos, creadora de sectarios nuevos, de represalias espantosas, de inhumanidades sin cuento y de guerra sin cuartel, pues sabido es, que el antagonismo religioso es el más tenaz; la lucha de creencias, la de mayor influjo moral y el nervio social.

Los tercios de Flandes; los lauros de Pavía y San Quintín; la serie de victorias que dieron fama universal á Carlos V; las banderas españolas siempre triunfantes, azuzaban el espíritu aventurero de la época y natural en hombres acostumbrados á la vida de campamento, al botín y hasta el saqueo inevitable en ciudades conquistadas.

La noticia del descubrimiento de nuevas tierras, el ideal forjado en la mente y á la vez la vanagloria de conquistar fama en otros territorios, produjo entusiasmo febril; vértigo,

impaciencia, sed de aventuras, que los peligros no lograban contrarrestar.

Al rumor de la expedición proyectada desde Cuba, á las órdenes de Hernán Cortés y cuando ya se acentuaba la idea de que existían grandes, ricos señoríos é imperios, acudieron de todas partes para engrosar las filas de los conquistadores, hombres esforzados y ganosos de gloria; jóvenes entusiastas y de abolengo; seres no bien avenidos con la sociedad; soldados mal contentos con su pobreza y que soñaban con pingües y beneficiosos resultados, formando un todo heterogéneo que llevó á la conquista sus alientos heróicos, su tenacidad en la lucha, sus nobilísimas virtudes ó los vicios, la depravación y la crápula, que el oro desarrolló en mayor escala, así como la hidalga nobleza de sentimientos: la caballerescos osadía; el valor temerario ingénito en nuestra raza, y la honradez acrisolada: ellos fueron también la vanguardia, la semilla fructífera y colosal para las futuras naciones americanas, que más bien y en justicia, debieran llamarse colombinas.

Las primeras conquistas hechas por el navegante inmortal, habían sido relativamente fáciles aunque no exentas de riesgo, pero sin acusar las inmensas dificultades que arrojaron los sucesivos exploradores, muy particularmente en Anahuac (región cerca de agua.)

Era país extenso, riquísimo y que al correr de los siglos, sobresalía en las obras arquitectónicas, en la industria refinadísima, en las artes, en la agricultura, en el buen gusto; en el embellecimiento de los jardines donde profusamente crecían los alerces; el roble, el legendario ciprés de Chapultepec, el copal, la planta del Yetl en que fumaban los aztecas en ricas pipas de plata aromatizándola con exquisitas esencias; el cacao que brindaba agradable néctar á la nobleza, y sabrosas frutas y flores extrañas, que el clima desarrollaba vigorosas, ufanas y abundantes. En sus cristalinos lagos se multiplicaban caprichosas aves en consorcio íntimo con los peces rojos, plateados y oro.

Acercándose al recinto del palacio suntuoso, revoloteaban en áureas pajareras, cardenales miniatura; colibrís de todos colores; el guacamayo real; el cóndor que á veces replegaba

asustado sus alas por los rugidos de las fieras que habían perdido la libertad de las selvas y tenían especial pabellón en los jardines.

En el célebre reinado de Netzahualcoyotl fueron frecuentes las guerras á pesar de que el sabio poeta rey, había establecido un triunvirato al fin de cortar las discordias siempre renovadas entre pueblos diversos.

Poderosamente ayudó al triunfo de las armas aztecas, á someter muchos de los señoríos, y á la conquista de provincias que aumentaron el esplendor del imperio de México, pero quedando fuerte é independiente, la república de Tlaxcala, que más tarde fué la más fiel aliada de Cortés. Sitiada por los triunviros supo defenderse con gloria y conservar su libertad, después de haber triunfado de los tres reyes, quienes al renovar su propósito de dominio sobre Tlaxcala, fueron una vez más derrotados y en el campo de batalla quedó la flor del ejército del rey de Tezcuco, los caudillos más valerosos y hasta los hijos de Netzahualpilli, sucesor de Netzahualcoyotl. Ya por entonces el imperio mejicano había llegado á culminante altura en el reinado de Moctezuma II, que de sacerdote del gran templo de Huitzilopochtli escaló las gradas del trono por extinción de la línea directa y que modesto y humilde en su cargo religioso, fué ya coronado, el mayor de los déspotas y el más altanero de los reyes. Se hizo adorar como un dios, pues que nadie osaba dirigirle la palabra sin estar descalzo y con la cabeza inclinada y multiplicando las reverencias; de ser en la calle era preciso prosternarse á su paso.

Era delito mirar frente á frente á Moctezuma, y habían de hablarle con los ojos bajos y sin levantar la cabeza.

Los altos dignatarios, se disputaban la honra de conducirlo en andas, estacionando en las grandes antecámaras numeroso séquito de señores solícitos á su llamada, y téngase en cuenta que á despecho de observaciones hechas por sus íntimos consejeros, desdeñaba el servicio de todos aquellos que no pertenecían á la alta clase, alejándolos de palacio, hiriendo su amor propio y despreciándolos por su modesto linaje. Los grandes se humillaron ocupando puestos hasta ajenos á su alta prosapia para lograr el favor del orgulloso monarca.

El fausto llegó á su más alto grado, sobreponiéndose el lujo á cuanto el sueño de la mente pudiera forjarse con las tradiciones orientales.

Jóvenes de alta clase y hermosísimas doncellas, servían la mesa del rey y era tal la diversidad de platos, que se extendían en gran espacio distribuyéndose después los manjares entre más de trescientos servidores; á la vez repartíase entre ellos la vajilla y los vestidos, todo cuanto el soberano se había servido una vez sola, reservando ciertos utensilios de oro ó indumentaria de gran riqueza destinados para actos públicos y ceremoniosos. Sabido es cuanta fué la admiración de los conquistadores, ante el valor y perfección de las joyas, lapidadas y cortadas con habilidad suma, formando caprichosos y artísticos trabajos, no siendo menor la exquisita delicadeza de los tejidos, sobre todo en los mantos regios que acusaban un adelanto grande y un buen gusto refinadísimo en los operarios; exquisitas también eran las candeladuras que alcanzaban singular belleza, no menos que la curtumbre de pieles preciosas que fueron objeto de verdadero asombro en Europa, por el tinte especialísimo; por lo sólido y maravilloso de los colores y dibujos imitando algunas á la antigua púrpura de Tiro, pues para el color adecuado, poseían la cochinilla y la empleaban con singular acierto.

Todo adquiría mayor impulso y las faenas agrícolas constituyeron también el principal núcleo de riqueza, sin que faltasen canales, acueductos y cuanto pudiera favorecer la propia feracidad de aquella tierra. En el laboreo de los metales eran muy diestros los aztecas, amalgamándolos maravillosamente, prestando formas caprichosas á sus joyas; á sus dijes, á los vasos y tazas de oro y plata; á las chapas y adornos: sobresaliendo en toda fabricación, pues aun hoy las telas encontradas en las excavaciones, conservan colores admirables y de notable solidez.

Mucho y largo se ha escrito relacionado con aquellas magnificencias del imperio mejicano, pero no aun lo bastante para rendirse cuenta exacta de su altura cuando la conquista llamaba á sus puertas.

Moctezuma, había llevado sus ejércitos por todo el territorio, asolando y destruyendo cuanto no se sometía á vasallaje.

Aseguran algunos historiadores, que una de las expediciones militares, llegó hasta el territorio de los Quiches (Guatemala,) donde fué derrotada perdiendo la mayoría de las tropas.

El triunvirato sabiamente formado por Netzahualcoyotl y sostenido por su hijo, perdía su influencia moral y Moctezuma, intentó hacer desaparecer aquel fantasma de gobierno, que era mengua, según él, en su imperio y cuya tutela no había menester de tres jefes de Estado.

La muerte de Netzahualpilli, sin nombrar heredero, le dió ocasión para suprimir á los triunviros y dividido el antiguo reino de Texcuco entre el débil Cacama y su hermano Ixtlilxochitl, no sin haber vencido la actitud belicosa de éste y otorgándole las provincias del Norte, quedó de este modo Moctezuma como señor absoluto, sin trabas ni freno á su voluntad. Al desaparecer misteriosamente Quetzalcoatl, aquel hombre extraño rey de Tula, que dejó recuerdos imperecederos, como abolicionista de los sacrificios humanos, y reformador religioso, había vaticinado que al correr de siglos y siglos, invadirían el país de Anahuac, unos hombres blancos que eran sus hermanos. Está consignado en la historia, que la personalidad de Quetzalcoatl fué semifabulosa aun que se le haga descender de regia estirpe, hijo de una princesa y de un guerrero valeroso. Su primera ausencia duró quince años y al presentarse en Pánuco, le acompañaban hombres dotados de alta sabiduría y de grandes capacidades artísticas. Quetzalcoatl era blanco, de buen porte y erguida estatura: tenía negro el cabello y la barba, y cautivaba á las masas con su palabra persuasiva y elocuente. Misterioso fué aquel largo período de quince años de ausencia, y lo que hay de verdaderamente extraño, es que hiciera purificar los templos, que estableciese el bautismo y la confesión, los ayunos y el voto de castidad, para los sacerdotes; ¿cuáles fueron las fuentes donde alimentó aquél las ideas, por absoluto contrarias á las razas de Tula? Impenetrable ha quedado en la historia. Después de veintidós años de un brillante reinado fecundo en bienes y progreso, se levantaron sus enemigos en son de guerra y antes que combatir optó aquel hombre extraordinario, por despojarse de la diadema y abandonar el mando de una

tierra que por él era próspera, grande y feliz. Partió Quetzalcoatl, profetizando que á través de centurias llegarían de Oriente extranjeros blancos. No fué sola esta predicción, ni escasearon los horóscopos, señalando la caída del imperio, pues al nacimiento de Ixtlilxochitl, hijo de Netzahualpilli, interrogados los astrólogos según costumbre al nacer un príncipe, vacilaron en su respuesta afirmando por último que aquel niño, sería partidario de un pueblo enemigo de los aztecas, conculcador de sus leyes, destructor de su religión y de sus dioses, y vengador de las víctimas ofrecidas á los ídolos. ¡Terrible presagio!

El sabio Netzahualpilli, daba crédito á los adivinadores, á las profecías y con frecuencia, preocupábase con Moctezuma de aquellos futuros señores de Anahuac, no creyendo tal vez estuviera tan cercano el acontecimiento, ni que sus hijos tomaran activa participación en él. Al llegar México á la cúspide, á la cima más alta de su poder, apenas soñada por los aztecas en anteriores épocas y conquistada palmo á palmo, y de escalón en escalón, se extendía de mar á mar, según Ixtlilxochitl, en una superficie de cuatrocientas leguas, dándosele crédito por ser tan conocedor de su país, el cual siguiendo la opinión citada, se reducía como á una tercera parte de lo que son hoy los Estados Unidos Mejicanos, calculándose que entre el vecindario de la corte y las ciudades de la calzada, se encerraban un millón de habitantes. Todo el imperio estaba pobladísimo y eran numerosas las poblaciones esparcidas por el valle de México. Hay que tener en cuenta, que fuera del imperio se contaban los estados independientes por más que algunos hubieran sido sometidos por Moctezuma.

Tlaxcala, era de los más importantes: dividíase entre cuatro señoríos gobernado cada uno entre sí por un jefe y formando una nación, perfectamente organizada, dispuesta y unida como un solo hombre en los casos de guerra y en las resoluciones de interés general. Uno de los cuatro caudillos, mandaba las tropas cuando se trataba de la defensa de sus libertades y todos se sometían á sus órdenes; estos cuatro señoríos eran hereditarios y á la vez por elección como se hacía también en el imperio mejicano; había treinta señores

feudales con vasallos y pueblos, sometidos á las mismas leyes y deudores de tributo y aun cuando ni los bastardos, ni las mujeres, podían heredar el feudo, se les concedía bienes suficientes y vasallos para vivir con el decoro de su clase. La federación gozaba pingües rentas á favor de sus transacciones comerciales y cuando se interrumpieron éstas, por el sitio del triunvirato, formado por los tres reyes de México, Texcuco y Tacuba, por espacio de largos años, se bastaron á sí propios y privándose de ciertos productos, vivieron con aquellos que pródigos les brindaba su madre tierra. ¡Hermoso ejemplo para los pueblos y demostración palmaria de que la unión es base de la fuerza!

En Huexotzingo, imperaban también los mismos principios que en Tlaxcala, su aliada, como lo era Cholula, para la mutua seguridad de las tres, aun cuando á pesar de esto la primera había sido conquistada por los mejicanos en tiempo de Axayacatl.

Cholula, tenía á su favor el estar considerada como ciudad santa, como tabernáculo de la tradición antiquísima, que se enlazaba con el Diluvio. La pirámide colosal que había resistido desde primitivas centurias, se erguía majestuosa, y aun hoy, es pasmo de cuantos recorren el suelo de Anahuac. Se atribuye su origen á los toltecas y los sucesivos pueblos, y los mismos europeos, que redujeron á escombros el trono Azteca, que arrasaron los famosos monumentales *Teocallis*, que cambiaron la faz de cuanto existía, respetaron la singular antigüedad, sin que en la mente surgiese la idea de hacer investigaciones en el misterioso interior del edificio, que la acción del tiempo ha conservado encerrándolo casi en las entrañas de la tierra. La Esfinge guarda su secreto, lo esconde entre la vegetación y quién sabe si jamás se descubrirá. ¿Qué se encerrará en lo hondo de aquel panteón de Anahuac, y en las naves del antiguo templo de Quetzalcoatl? Era gigantesco y de mayores proporciones que la célebre columna egipcia Cheops, y se elevaba según Humboldt, á cincuenta y cuatro metros. Hoy, de lejos, semeja un monte vestido con enmarañados arbustos y silvestres florecillas y á no dudarle, al correr pocos años, habrán desaparecido los escasos vestigios que la vista escudriñadora descubre todavía.

No sé de nada más interesante que el estudio de las ruínas, sobre todo cuanto más misteriosas y menos cercanas á la época moderna. Dado el florecimiento de Cholula, la correcta amplitud de sus calles y sus casas y la riqueza extremada en la vida social, puede juzgarse de lo que sería el templo predilecto, y aun la imaginación divaga y sueña con hermosos jarrones de oro y plata; con vasos de forma singular; con pinturas que habrán conservado el gráfico sello de su tiempo y con las preciosas muestras de lozas y barnices que tenían fama en toda la extensión de Anahuac.

Entre otros estados libres, florecía opulento el de Michoacán, pueblo-rey, no dominado jamás por los aztecas, rico, activo, belicoso, poblado y con el doble atractivo de su clima y de sus lagos pintorescos.

El monarca de Michoacán, era absoluto y la suntuosidad de su corte podía colocarse á mayor altura que la del imperio Azteca, por su magnificencia en joyas, en servidumbre, en aparato solemne y en homenajes al soberano, sobresalía entre la mayoría de los estados más poderosos. Hombres de alto linaje se disputaban el favor de servir á su rey, buscando siempre cuanto pudiera aumentar su bienestar.

La fusión de los chichimecas y los tarascos, confundieron las tradiciones y las creencias de ambos pueblos, que desde aquel momento no formaron más que uno solo. Los chapaneas formaban otro estado libre y entre éste y Michoacán existían numerosas tribus de distintas razas, unas hostiles á sus dominadores los aztecas y otras que hasta cierto punto, se mantendrían neutrales, pero no así los totomacas, que por recobrar su independencia, ofreciéronse como auxiliares de Cortés al desembarcar en sus playas.

Matlalzingo era frontera con los michoacanos y á su vez limitaba con el imperio de México. También independientes eran los chiapanecas, que habían ensanchado su territorio sometiendo algunas tribus vecinas.

Existían diferentes naciones en las orillas del Pacífico, encerradas más tarde en la historia de México, por derecho de conquista, y habitadas por zapotecas, mixtecas y tutepecanos. Anteriores á la época Zapoteca, se remontan las soberbias ruínas de Mitla que conservan aún mosaicos de relieve admira-